

**PALOMEQUE, DON QUIJOTE, CERVANTES:  
TRES LECTORES DE CIRONGILIO DE TRACLA DE  
BERNARDO DE VARGAS**

**JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ**

*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
Universidad Católica Argentina*

*In memoriam Germán Orduna, ex toto corde.*

I. CIRONGILIO DE TRACLA

*Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia* vieron la luz en Sevilla, en las prensas de Jácome Cromberger, en 1545. Nada se sabe de su autor, Bernardo de Vargas, y no han podido hasta hoy localizarse ejemplares de las muy dudosas reediciones sevillanas de 1547 y 1555 que se mencionan en algunos repertorios bibliográficos (Eisenberg-Marín Pina, 2000, 289), en razón de lo cual debemos retener la *princeps* de 1545 como la única edición de la obra y deducir de aquí el escaso éxito de que ésta gozó durante el siglo XVI; modernamente el menosprecio por este libro de caballerías no ha variado en lo esencial, y la escasísima crítica que se ha detenido en él no ha ido más allá, al margen de discurrir sobre algunas cuestiones en extremo puntuales, de destacar sus lugares comunes, su estilo hiperbólico y desmesurado, la reiteración afuncional de motivos y situaciones narrativas, la hipertrofia de algunos de los clisés del género (González, 2000, 7-10; Green, 1974, I xxii-xcv; 1980, 353-355; Río Noguera, 1991a, 73-80; 1993, 137-149; Thomas, 1952, 106-108)<sup>1</sup>.

Lo cierto es que, frente a esta recepción tan poco entusiasta que el libro ha tenido entre los lectores reales del siglo XVI y los críticos no menos reales del XX, dos receptores ficcionales de principios del siglo XVII parecen tener una opinión muy otra respecto de los méritos del esforzado don Cirongilio y de la historia que lo tiene por centro: el ventero Juan Palomeque y, naturalmente, el ingenioso hidalgo don Quijote, en ambas partes de la novela cervantina. No

---

<sup>1</sup> Daniel Eisenberg aporta una excepción dentro de esta visión básicamente negativa, al señalar: "Aunque no es necesario estar de acuerdo con el autor del colofón del libro, quien asegura que el lenguaje de la obra supera al latín ciceroniano, el libro no carece de mérito, y a ratos se puede notar el marcado esfuerzo del autor para alcanzar un estilo refinado" (1982, 141). A continuación, Eisenberg propone un episodio del *Cirongilio* como posible fuente de una de las aventuras de don Quijote, a lo que nos referiremos nosotros más adelante.

son demasiadas ni reiteradas las ocasiones que ambos tienen de manifestar su entusiasmo por el libro que nos ocupa, apenas un par de menciones, mucho más detallada y fundamentada la del ventero que la del caballero; éstas alcanzan, sin embargo, una significación que se nos antoja de peso en orden al análisis de la obra de Cervantes y al aporte de provechosos elementos de juicio en relación con aspectos de ésta tan estudiados y con todo tan inagotables como el arduo acceso a la verdad, los límites del verdadero heroísmo y la exacta índole de la locura quijotesca. Atentos a estos deseados puntos de llegada, iremos, pues, a la consideración de las dos lecturas intradiegticas del *Cirongilio de Tracia* -la de Palomeque y la de don Quijote-, que han de remitir por cierto, como a su fuente inevitable, a la lectura extradiegética realizada por Miguel de Cervantes.

## II. EL VENTERO PALOMEQUE

El capítulo 32 del *Quijote* de 1605 constituye una preciosa documentación acerca del nivel más popular de recepción de los libros de caballerías en el siglo XVI y comienzos del XVII. Llegados don Quijote y sus amigos a la venta, después de los episodios de Sierra Morena, el cura observa ante el ventero Juan Palomeque el Zurdo que “los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio” (I, 32, p. 347)<sup>2</sup>, a lo que responde con asombro aquél:

-No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas; a lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndoles noches y días. (I, 32, p. 347)

El entusiasmo de Palomeque es compartido por su hija, que gusta especialmente no ya de los golpes de los caballeros, como su padre, sino de “las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras” (I, 32, pp. 347-348), y también por la moza Maritornes, a quien asimismo atraen las escenas de amor, “cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto” (I, 32, p. 347). Se trata, en rigor, no de lectores, sino de oyentes que en rueda de lectura en alta voz se agrupan en torno del único lector, según las prácticas populares de consumo literario en los Siglos de Oro (Frenk, 1980, 101-123; 1984, 235-240; Marín Pina, 1990, 265-273). Palomeque trae entonces, a pedido del cura, sus preciados libros, que son dos de caballerías, *Don Cirongilio de Tracia* y *Felixsmarte de Hircania*, y uno de historia, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes*; el cura advierte inmediatamente esta diferencia genérica, y pondera al ventero la valía del tercero, verdadero y ejemplar, frente al carácter mentiroso de los dos primeros, que están “llenos de disparates y devaneos” (I, 32, p. 349). La reacción de Palomeque combina

2 Todas nuestras citas del *Quijote* provienen de la edición de Martín de Riquer (Barcelona, Planeta, 1982).

sorpresa e indignación, pues estima que las hazañas de Gonzalo de Córdoba y de Diego García de Paredes, tan estimadas por el cura, nada valen confrontadas con las de don Felixmarte y don Cirongilio; de éste en particular dice:

-[...] Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar? Y cuando llegaron allá bajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer. ¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice! (I, 32, p. 350)

Ante esta encendida defensa de Cirongilio, Cardenio observa que, según le parece, Palomeque “tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben” (I, 32, p. 350), y, advirtiendo lo mismo, el cura se apresura a enseñar al ingenuo ventero que “no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos” (I, 32, p. 350). Pero Palomeque, firme en su confusión y equiparación de la ficción y la historia, se obstina en defender el carácter verídico de aquella, esgrimiendo para ello un argumento de autoridad que entronca con -en palabras de Marín Pina- esa “vieja y sacralizada veneración del libro” (1990, 269):

-[...] ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio! (I, 32, p. 351)<sup>3</sup>

Se toca así, desde la perspectiva del acto de lectura y de la percepción de los distintos géneros literarios, el gran tema del *Quijote* -salvo, claro, que ¿cuál es el gran tema del *Quijote*?, la capital cuestión del trabajoso acceso a la verdad y el real estatuto de ésta, cuya existencia y cognoscibilidad no se niegan pero se presentan a lo largo de toda la obra como escurridizas y mudables por entre los pliegues y recovecos de lo apariencial y de esa “realidad oscilante” que ha dicho, con feliz expresión ya tópica, Américo Castro. La censura cervantina no se endereza tanto, en consecuencia, a los libros de caballerías en sí, sino a ese efecto pernicioso de confusión entre verdad y apariencia, entre historia y ficción, que provocan aquéllos, preferentemente en las

---

3 Esta veneración sacralizada del libro de que habla Marín Pina, y que tiene un indudable origen oriental en opinión de Américo Castro (1967, 376), se reconoce en el *Quijote* de una manera especialísima según el mismo Castro: “Se ha hablado mucho de las fuentes literarias del *Quijote*, y muy poco de la presencia y función de los libros dentro del proceso creador de la obra. Leer o haber leído, escribir o estar escribiendo son tareas de muchos de los personajes que pueblan las páginas del *Quijote*, tareas sin las cuales no existirían algunos de ellos. La palabra escrita sugiere y sostiene el proceso de la vida, o sirve de expresión a la vida; no desempeña misión decorativa o ilustradora, sino que aparece articulada con el existir mismo de las personas. Diríamos en vista de ello que el *Quijote* es un libro forjado y deducido de la activa materia de otros libros” (1967, 359).

mentes vulgares e iletradas como la del ventero, pero también en las más cultivadas, como abona el propio caso del ingenioso hidalgo (cfr. Gilman, 1980, 137-141; Wardropper, 1980, 237-252). Ahora bien, ¿de qué manera concreta se traduce esta confusa percepción de lo ficticio y lo real histórico como todo uno y lo mismo en las lecturas/audiciones de Juan Palomeque, según permite entrever el contenido de su acalorada cita del *Cirongilio de Tracia*?

Lo primero que se impone sentar a este respecto es que la aventura de Cirongilio y la serpiente, tal como Palomeque nos la cuenta, no se corresponde con ningún episodio de la obra de Bernardo de Vargas. ¿Simple invento, entonces, puro embuste del ventero para encarecer las hazañas de los héroes ficticios -que él, claro, no tiene por tales- y menoscabar la de los históricos que tanto le alaba el cura? Nada de algo tan simple como eso. La cita de Palomeque no es fidedigna, pero tampoco absolutamente falsa. En el libro segundo del *Cirongilio de Tracia* el héroe epónimo, yendo de Hungría a Constantinopla en compañía de su amigo el infante Alcís y del doncel Leyner, llega a la ribera del mar; desde allí los tres compañeros ven venir un extraño barco que se aproxima sin marinero alguno que lo guíe; deciden no abordarlo, pero se allegan a su vera y descubren que en su interior hay un caballero dormido con una espada clavada en el pecho, un cirio encendido en una mano, una redoma con agua en la otra y una piedra resplandeciente bajo la cabeza. Todavía extrañados ante esta curiosa visión, los tres compañeros asisten a otro prodigio mayor:

E auiedo por vn espacio pensa(n)do en lo que harían, vieron dela[n]te sí abrirse la tierra de repente y salir vna serpiente fiera, tan desmesurada y cruel que no ouo en alguno dellos tal esfuerço q[ue] de solame[n]te la vista no cayessen en tierra como muertos de pauor; solo don Cirongilio, que su esfuerço no tenía par en el mundo, y poniendo mano a su espada, la esperó. La sierpe, quando ouo cerca llegado, se paró, y abrie[n]do vna boca descomunal salió por ella vna muger tan lassa, vieja y arrugada que sola bastaua a poner pauor; y llegá[n]dose al cauallero le dixo, con vna boz muy cansada e triste:

-Buen señor, cata que en este lugar no vale ta[n]to el espada como el esfuerço, no quieras ensangrentar tus victoriosas manos en vna cuytada vieja en quien no ay contra ti resistencia. Bie[n] veo que tienes desseo de saber el fin desta auentura, que tu ánimo generoso jamás se satisfaze de cosa como de tales que la presente; pues no te fatigues ni maltrates tu entendimiento con cuydado, que tiempo verná que lo sabrás, y esto será quando después de auer conuertido el indómito y brauo animal robador de la agena forma, con el vigor de las rigurosas palabras de la hermosa infanta progenitora dél y de su veloce compañera, tocarás la cristalina piedra co[n]seruadora de la secreta industria que agora no sabes, abriendo los secretos que en ella ay con el rubicundo despojo que en el venidero vencimiento ganarás.

E dizie[n]do esto, sin más palabra le dezir, se tornó a meter en el vientre de la serpiente braua, que a la ora desapareció con vn bramido espantable, y gran tñiebra y escuridad cubrió el lugar en que estaua. (II, x, 76 v<sup>ab</sup>)<sup>4</sup>

---

4 Citamos por la *princeps* de Sevilla de 1545, según el ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid bajo la signatura R-3.884. Modernizamos la puntuación, regularizamos el uso de mayúsculas e introducimos tildes; encerramos entre paréntesis ( ) las grafías sobrantes y entre corchetes [ ] las que restituimos como resultado del desarrollo de las abreviaturas; transcribimos como *e* el signo tironiano; consignamos libro en romanos mayúsculos, capítulo en romanos minúsculos y folio en arábigos, más la mención de *r = recto / v = verso* y de la columna correspondiente mediante los volados *a, b*. Al día de hoy no se ha reeditado el *Cirongilio de Tracia*, existe, empero, una edición no venal, presentada en 1974 como Ph.D. por James Ray Green ante la Johns Hopkins University. Actualmente trabajamos en nuestra propia edición de la obra.

Junto con la vieja y la serpiente desaparecen el barco y el caballero dormido en él (cfr. González, 2000, 23; 51; 59); barco y caballero reaparecerán varios capítulos después, cuando Cirongilio y Alcís desahagan su camino de regreso a Hungría desde Constantinopla. Viajan por mar, y una tormenta desvía su nave y los arroja a una costa desde donde ven venir, otra vez, el misterioso barco del caballero dormido; ahora sí lo abordan, y el barco encantado los conduce a una isla íntegramente conformada por una alta montaña, que los dos amigos escalan; ya en la cumbre observan una abertura y una escalera que desciende por ella; Cirongilio se interna en la sima, y Alcís queda fuera esperándolo. En el interior de la montaña -la llamada "Tremenda Roca"- el héroe debe luchar sucesivamente contra una horrible vieja armada de porra de hierro y rodeada por llamas, contra un toro furioso y contra un monstruoso vestiglo acompañado de multitud de demonios; a todos derrota el héroe, tras lo cual accede a un ameno vergel y a una capilla en cuyo interior se encuentra el caballero dormido del barco, a quien desencanta Cirongilio siguiendo las precisas instrucciones de una inscripción; salidos a la superficie y vueltos a embarcar junto a Alcís, Cirongilio y el caballero, de nombre Quisedel, ven cómo la Tremenda Roca se hunde en el mar (II, xxxiv-xxxv, 102 r<sup>a</sup> - 104 v<sup>b</sup>; cfr. González, 2000, 26-27; 51-52; 59-60). Concluye así la aventura.

Volvamos entonces al bueno de Palomeque y a su cita; si bien miramos, podemos descubrir detrás del desbocado recuerdo del ventero los rastros de esta aventura de la Tremenda Roca, en sus dos etapas: están, como elementos retenidos rectamente de la lectura del *Cirongilio*, la aparición de una serpiente que profetiza y el descenso del héroe, a partir de un medio acuático, a un lugar constituido por jardines y palacios. Hay luego algunas modificaciones parciales, que no hacen a lo esencial, pero que acaban desdibujando la especificidad de cada imagen hasta cambiarla por completo: en el *Cirongilio* una vieja sale de las fauces de la serpiente y profetiza antes del descenso del héroe, mientras en el *Quijote* es la propia serpiente la que se transforma en viejo, no vieja, y profetiza después del descenso a los jardines y palacios; en el *Cirongilio* la serpiente surge de la tierra junto al mar, y en el *Quijote* de las aguas de un río; la serpiente del *Cirongilio* no es de fuego como la que recuerda Palomeque, pero sí aparece rodeada de fuego esa segunda vieja que, ya en la Tremenda Roca, se enfrenta con el héroe<sup>5</sup>, poco antes de que éste deba luchar con un vestiglo que bien puede asimilarse -si bien no por su morfología híbrida, sí por su carácter monstruoso y aterrador- a una serpiente como aquella otra del comienzo<sup>6</sup>, de modo tal que el fuego que Palomeque relaciona con la primera serpiente que se transforma en viejo bien puede provenir por asimilación y contaminación del fuego que rodea a esa segunda vieja que aparece poco antes del vestiglo en la Tremenda Roca; este vestiglo, por su parte, converge junto a la serpiente en una única imagen en la memoria del ventero, y por eso se explica que diga que una

5 "[...] de[n]de a poco entró por ella vna muger alta y delgada y de mucha edad, co[n] vna porra de hierro en las manos y cercada toda de llamas de fuego" (II, xxxv, 103 r<sup>a</sup>).

6 "Y dando una boz q[ue] pareció atronar todo aq[ue]l lugar no tardó mucho q[ue] no vino [...] vn vestiglo mayor q[ue] el mayor jayá[n] del mu[n]do, de muy feroz y desemejada catadura; y la manera suya era ésta: tenía primeramente las piernas de caualllo hasta la rodilla, y de la rodilla hasta la ingle de leó[n]; el pecho y lo demás del cuerpo hasta la cabeça, de hombre; los braços y manos, d[e] osso; la cabeça y cara, de elefante; y quatro colmillos que de la boca le salía[n], tan gra[n]des como vna vara de medir cada vno y gruesos sobremanera; las orejas tenía ta[n] grandes q[ue] le caían sobre los ho[m]bros, y de la frente le salía[n] dos cuernos muy agudos y derechos para dela[n]te; los ojos ta[n] ardientes que lançauan lumbre de sí como dos gra[n]des antorchas" (II, xxxv, 103 v<sup>ab</sup>).

misma y única serpiente apareció y profetizó -la serpiente del *Cirongilio*- y después se hundió en el río hasta llegar a los jardines y palacios -el vestiglo del *Cirongilio*-; la lucha del héroe contra la serpiente, en la versión de Palomeque, corresponde por tanto no a la serpiente profeta, sino al vestiglo. En síntesis: el ventero ha procedido, en su caótica rememoración de la obra que tanto le entusiasma, a: 1) **conservar** inalteradas algunas pocas imágenes de la fuente que cita: serpiente profeta en asociación con o transformada en una vieja o viejo, descenso a una sima en relación con un espacio acuático -ya marítimo, ya fluvial-, acceso al cabo de dicho descenso a un ambiente grato de jardines y palacios; 2) **unificar** mediante la continuidad de tales imágenes dos aventuras distintas del *Cirongilio*, o bien dos momentos separados de una aventura compleja y discontinua; 3) **asimilar y fundir** imágenes distintas pero análogas, correspondientes a esos dos momentos separados, en una sola imagen -serpiente con quien no lucha el héroe + vestiglo con quien sí lucha = serpiente con quien lucha el héroe; serpiente que no desciende a la sima, de donde surge una vieja + segunda vieja rodeada de fuego, en la sima = serpiente de fuego, devenida viejo y descendida a la sima-; 4) **intensificar**, como natural consecuencia de la asimilación de imágenes, la fuerza intrínseca de éstas y el efecto de admiración y asombro que producen; 5) **amplificar** algunos aspectos de la aventura mediante la introducción de detalles tendientes a exagerar la valentía, la fortaleza y la intrepidez del héroe: “se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar”; 6) **hiperbolizar** la totalidad del episodio referido, como resultado de las tareas anteriores de unificación, asimilación y fusión, intensificación y amplificación.

En suma, lo que Juan Palomeque ha hecho mediante su iletrada audición y descarriada evocación posterior ha sido practicar una *lectura creadora*<sup>7</sup>; y a propósito de ésta aflora una vez más esa característica fineza que la tradición crítica ha canonizado bajo el rótulo habitual de “ironía cervantina”. Reparemos en ella: el ventero, frente a las observaciones del cura, reivindica el carácter verídico de libros como el *Cirongilio* o el *Felixmarte*, y para hacerlo, para mostrar y encarecer la supuesta “verdad histórica” del libro de caballerías *Cirongilio de Tracia*, recurre -¿inconscientemente?- a una operación distorsiva -unificación, asimilación, intensificación, amplificación e hiperbolización mediantes- que supone un abierto falseo de la “verdad ficcional” de la aventura que trae a cuento, en rigor el único tipo de verdad a que en justicia puede aspirar aquélla. La hiperbolización de la cita de Palomeque falsea una verdad ficcional que ya, de por sí, constituye un falseo de la verdad histórica o real, según los puntos de vista del cura y del mismo Cervantes; bien podemos postular por lo tanto la categoría de *hiperbolización de segundo grado* para denominar la operación que el ventero ha ejecutado sobre un material fáctico -el narrado en el libro de caballerías *Cirongilio de Tracia*- de suyo hiperbólico por el tipo me *mimesis* inverosímil que practica en relación con la realidad fáctica histórica tal cual ésta se da o puede darse en el

---

7 Mañín Pina ha señalado la vigencia de este tipo de lectura creadora a propósito de Alonso Quijano y, en general, de los personajes del *Quijote*. “Como en la experiencia personal de Cervantes, la faceta lectora de Alonso Quijano se confunde constantemente con la creadora. Su vida es un acto de lectura creadora y, en la consciente imitación de sus modelos, su manera de obrar está muy próxima a la del artista” (1990, 268). “En su galería de personajes lectores prolifera un tipo de lector con capacidad creadora, cualidad que incluso el más rudo y necio ostenta, como ocurre con Palomeque [...]” (273).

mundo.

Pero la gran sutileza de Cervantes, más allá de esta construcción evidentemente irónica, radica sobre todo en el preciso y precioso matiz que este recuerdo hiperbolizante de las aventuras de don Cirongilio añade al retrato psicológico del ventero Juan Palomeque. Éste, en efecto, aparece realizando sus más profundos e íntimos deseos por vía de la imaginación y la fantasía, ante la imposibilidad de ponerlos directamente en práctica y así cumplirlos en la acción concreta y sobre la realidad externa, según confiesa que le gustaría: “me toma gana de hacer otro tanto”. Los libros de caballerías proporcionan al ventero una vida ideal y soñada, una vida distinta y mejor que la que le permiten su venta, su oficio, su comarca y su tiempo; se trata, diríamos, de una *compensación* imaginativa por lo frustrante que resulta la realidad cotidiana, a partir de una fabulación que consiste en percibir y recordar distorsivamente -hipérbole mediante- esa otra realidad más alta y seductora de la ficción caballeresca. Puesto que no puede Palomeque vivir él mismo, generar él mismo con su acción real y concreta esas aventuras que a tal punto le entusiasman, se consuela y conforma recreándolas con su fantasía deformante y creadora, viviéndolas, en cierto modo, internamente, adueñándose de ellas a su antojo, manipulándolas, exagerándolas, haciéndolas a la medida de su deseo. Otra vez, como tantas en el *Quijote*, la literatura se sustituye a la vida. Pero existe una radical diferencia entre el ventero y don Quijote, cuya común afición por los libros de caballerías puede resultar engañosa. Yerra, nos parece, la discreta Dorotea cuando observa, ante el fervor del ventero por las aventuras de los caballeros andantes, que “poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote” (I, 32, p. 350). Jamás el sensato Palomeque habría desempolvado unas armas viejas y salido a los campos con el propósito de imitar en la acción las hazañas de aquellos caballeros que tanto admira. En Palomeque la fabulación sustituye a la acción, mientras en don Quijote la fabulación deviene ella misma acción. En este sentido, Palomeque no es una réplica en tono menor o una versión aplebeyada de don Quijote, sino su exacta antítesis.

La clave que los diferencia estriba en la capacidad de disociación que cada uno tiene respecto de ambas esferas involucradas, la del deseo -que para en fabulación- y la de la realidad externa -que para en acción-. En don Quijote, tal capacidad de disociación no existe, a punto tal que el hidalgo permite y aun alienta que su deseo se derrame sobre la realidad y su fabulación gobierne y determine su acción; la fabulación de don Quijote se proyecta directamente sobre el mundo concreto como acción positiva, y le sirve para canalizar, normar y ejecutar su proyecto emulador de los novelescos caballeros andantes. Palomeque conserva intacta, en cambio, su facultad disociativa, y sus deseos se mantienen siempre en la esfera de lo íntimo y no devienen realidad concreta; su fabulación no se proyecta sobre el mundo sino se constituye en mecanismo compensatorio ante la imposibilidad de una acción positiva, sirviéndole así para canalizar subjetivamente un afán de emulación que conlleva forzosamente una frustración objetiva. Tanto en don Quijote como en el ventero, por decirlo con palabras de Américo Castro, “la palabra escrita, poética, [...] inyecta su savia incitante en unas vidas que de otro modo no hubiesen salido de su inerte insignificancia” (1967, 372), y a ambos los libros aportan “su vitalidad contagiosa” (374). La diferencia radica en la capacidad que tiene esa savia de transmutarse en acción en don Quijote, y la que tiene en Palomeque, en cambio, de sustituirse a la acción; la vitalidad que contagian los libros al hidalgo es una fuerza eficiente que funde sueño y realidad y trasciende al mundo objetivo; contrariamente, la vitalidad que contagian al ventero se ancla en los sueños compensatorios de su íntimo mundo subjetivo. Don Quijote confunde la historia y la ficción

hasta el extremo de involucrar su propia vida en la confusión y diluir los límites entre su ser lector y su ser actor de ese mundo caballeresco sobre el cual fabula; Palomeque confunde también, como hemos visto, la historia y la ficción, a tal punto que no reconoce la especificidad de ésta y juzga igualmente verídicas las narraciones históricas y las novelescas, pero su propia vida queda al margen y a buen resguardo de semejante confusión y su ser lector del mundo caballeresco no interfiere en absoluto con su ser actor del mundo venteril y rural de La Mancha a principios del siglo XVII (*cf.* Wardropper, 1980, 244-245). Se debe en gran medida a este mecanismo disociativo entre fabulación y acción, aceitado y efectivo en el ventero, inexistente e imposible en el hidalgo, el que el primero conserve su cordura y el segundo la pierda; ello no obstante, las raíces de la espléndida locura quijotesca se hunden en el mismo humus que alimenta la opaca cordura de Palomeque: la callada, sufrida y decorosa insatisfacción vital, el descontento ante las circunstancias de la vida real que a ambos les tocaron en suerte y que ambos, cada uno a su modo y según la disímil potencia de sus sueños, dan en disimular, compensar, enfrentar, sublimar.

### III. EL CABALLERO DON QUIJOTE

Pero regresemos a lo específicamente nuestro y al segundo lector intradieгético del *Cirongilio*, que es el propio don Quijote. Atentos a lo que venimos de sentar, el hidalgo no nos deparará una lectura deformante como la del ventero; en éste la hipérbole distorsiva tenía la función de compensar imaginativamente una frustración vital, de satisfacer incumplidos e incumplibles deseos de acción mediante el ejercicio fabulatorio de la voluntad y del poder creador. En don Quijote, que lleva sus deseos a la práctica y convierte su fabulación en acción concreta, no hay frustración -la habrá hacia el final de su vida, lo sabemos, pero no estamos abocados aquí al análisis de ese tan triste desenlace-, y al no haber frustración no hay tampoco hipérbole ni lectura distorsiva que vengan a satisfacer unos deseos que se cumplen acabadamente en el ejercicio "real" -en su percepción- de la caballería. Así, pues, las fabulaciones de don Quijote se limitan a reproducir fielmente la letra de los libros de caballerías, sin añadir hiperbolizaciones de segundo grado a la básica *mimesis* hiperbólica de éstos; podrá haber, a este respecto, algunas excepciones, pero se deberán no a un descarrío de la fabulación en sí, sino a la ponderada estrategia dialéctica del discreto don Quijote cuando se ve en la obligación de debatir con alguien acerca de caballerías. Considérese, por caso, la afirmación del hidalgo sobre la supuesta enamorada secreta de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula. Había observado antes don Quijote que "no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas", y uno de los caminantes involucrados en el episodio de Grisóstomo y Marcela, a su vez, le rebatía que don Galaor "nunca tuvo dama señadada a quien pudiese encomendarse"; don Quijote, entonces, "loco-cuerdo" al fin y astuto razonador, replica que "averiguado está muy bien que él tenía una sola mujer a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se encomendaba muy a menudo y muy secretamente" (I, 13, pp. 130-131). Lo cierto es que don Galaor es presentado en la historia de su hermano como un modelo del amante versátil y descomprometido, y no se le conoce ninguna dama secreta; tiene razón el caminante, y falsea la realidad ficcional don Quijote. Obsérvese, empero, que el falseo del hidalgo es muy otro que el de Palomeque en relación con la aventura de don Cirongilio, pues no se debe a ninguna operación hiperbolizante o fabuladora sino a una atendible cuestión de estrategia dialéctica. Podríamos afirmar sin más que don Quijote, más que fabular distorsivamente, miente

en forma lisa y llana.

No miente, en cambio, ni distorsiona ni exagera el hidalgo cuando se refiere, a comienzos de la segunda parte, a don Cirongilio. Todavía de descanso en su aldea después de su aparatoso regreso en el carro, don Quijote ha recobrado bríos y se dispone a retomar el ejercicio caballeresco; pronuncia entonces ante el barbero y el cura un encendido elogio de la antigua caballería que incluye la siguiente serie de preguntas retóricas ponderativas de ilustres caballeros:

Si no, díganme: ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán? (II, 1, pp. 586-587).

Llevado sin duda por los requerimientos propios del recurso retórico que ha elegido, don Quijote se ve en la necesidad de adjudicar una cualidad arquetípica a cada uno de los miembros de su extensa enumeración; el reparto de epítetos puede parecer, a primera vista, aleatorio, ya que la caracterización psíquica y moral de los grandes héroes caballerescos no difiere mayormente de unos a otros, y todos resultan ser, según las circunstancias, igualmente honestos, valientes, discretos, galanes, intrépidos, acometedores de peligros, sinceros, arrojados, bravos, prudentes, atrevidos e invencibles. Sin embargo, algunos de los adjetivos parecen haber sido adjudicados con extrema precisión y exclusividad a la persona más adecuada: es innegable que nadie resulta más a propósito que Tirante el Blanco para ser llamado “acomodado y manual”, y que el purísimo y ascético Esplandián bien puede reclamar para sí en grado eminente el calificativo de “sincero”. ¿Podemos así reivindicar para don Cirongilio y su ser arrojado un análogo exclusivismo?

Lo primero que debe decirse, una vez más, es que al llamar don Quijote “arrojado” a don Cirongilio no está hiperbolizando ni falseando la realidad ficcional que ha leído y ahora evoca: repetidamente demuestra don Cirongilio su arrojo a lo largo de su historia. Nuestra pregunta ha de ser, en cambio, por qué eligió el hidalgo precisamente a don Cirongilio para evocarlo como “arrojado”, vale decir, si algo hay en este héroe de específica o eminentemente “arrojado” que lo distinga de los demás caballeros ficcionales mencionados. Pero para responder a esta pregunta debemos necesariamente trascender la lectura intradieгética del personaje don Quijote y pasar a la lectura extradiegética de su creador Cervantes.

#### IV. EL LECTOR-AUTOR MIGUEL DE CERVANTES

¿Qué tan bueno y acabado era el conocimiento que tenía Cervantes del *Cirongilio de Tracia*? Daniel Eisenberg ha señalado un episodio del libro de Vargas como posible fuente de la disparatada broma que Maritornes propina al hidalgo cuando lo deja amarrado por el brazo y colgado de un agujero del pajar de la venta durante toda la noche (I, 43, pp. 478-483):

Una de las aventuras más cómicas del libro, aquella en que Maritornes deja a don Quijote colgando del brazo en la venta, puede haber sido inspirada por un episodio similar en *Cirongilio de Tracia*. [...] Se trata del episodio siguiente: en el *Cirongilio* hay un caballero que se divierte burlándose de los

demás. A éste se le llama el Caballero Metabólico, nos dice el autor (confundiendo la palabra con “metamórfico”) por los disfraces que usa al llevar a cabo sus trucos (III, 12). Vestido de doncella, logra robarles los caballos a dos caballeros, mediante una serie de engaños (III, 13). No les queda más remedio que comprarle a él sus propios caballos, y le hacen la oferta en las afueras de su castillo. El Caballero Metabólico se niega a abrirles las puertas de su castillo, pero desde una torre les baja una canasta en una soga para subir a un escudero junto con el dinero. Una vez que el escudero ha subido hasta la mitad, amarra firmemente la soga, se va y le deja (III, 14). El escudero se las arregla para escaparse, usando el dinero para sobornar a uno de los criados del castillo que le baje. El mismo criado permite que los caballeros entren al castillo, y ellos con mucho gusto se vengan del Caballero Metabólico, suspendiéndole con sogas por las muñecas” (Eisenberg, 1982, 140-141)<sup>8</sup>.

Si Eisenberg tiene razón, estaríamos ante una operación de unificación y asimilación similar a la operada por el ventero a propósito de las dos etapas de la aventura de la Tremenda Roca, pues en la imagen de don Quijote engañado por Maritornes y colgado por el brazo del agujero del pajar, amarrado con el cabestro del jumento de Sancho, durante la noche, confluirían las imágenes del escudero engañado por Metabólico y dejado suspenso de la soga, al sereno, también durante toda la noche, y del propio Metabólico castigado por sus víctimas y amarrado por los brazos de un árbol. Así: [escudero/ engaño/ suspenso durante una noche/ soga] + [Metabólico/ amarrado por los brazos/ soga] = [don Quijote/ engaño/ suspenso durante una noche/ cabestro/ amarrado por el brazo]. Pero está claro que Cervantes no es Palomeque; ¿podemos en rigor determinar como fuente del cómico episodio una operación de recorte y de ensamblaje como ésta? No nos decidimos a afirmarlo ni a descartarlo. Valga y nótese, en todo caso, la posibilidad. Y adviértase también, pasando a otro aspecto, que la tan mencionada parodia de la descripción del amanecer que pronuncia el propio hidalgo al salir por primera vez -”Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos”, etc. (I, 2, p. 41)-, que generalmente ha venido señalándose como inspirada por las sobrecargadas descripciones análogas de Feliciano de Silva, con igual justicia podría decirse motivada por estas otras del *Cirongilio de Tracia*.

Apenas el hijo de Latona, auie[n]do girado e ilustrado la antípoda región, ahuyentados los bicolóreos crines de la tripartita e triforme aurora, con rostro sereno y prefulgente, d[er]xada y desma[m]parada su fúlgida y áurea cuna, subiendo en su ignífero e quadriq[ua]l carro, visitaua a la dorada Queroneso, alegre co[n] su vista cotidiana, e ya estendía sus rubicundos braços, comunica[n]do sus generatiuos accide[n]tes co[n] los habitadores del elem[e]n[tal] orbe, centro del firmamento vniuersal, qua[n]do el cauallero Rodilar, despedido del del Águila muy co[n]solado de lo q[ue] por él le auía sido p[ro]metido, se partió a su castillo, do[n]de Rocadel su padre estaua. (I, xxiii, 34 r<sup>b</sup>)

Con dificultad aquel rubicu[n]do padre del indoto mancebo Faetón, descubriéndose por el trópico septentrional del baxo emisperio, vino para abrir la áurea y profulgente vía del duodécimo zodiaco, encima del carro veloz flegóneo, embiando de su cuarta esfera a la circunfere[n]cia de la inmouible tierra mensajeros muy ciertos de su venida, qua[n]do el buen Cauallero de la Sierpe y el infante don Alcís se leuantaron y mandaron a sus escuderos q[ue] los caualllos y palafrenes buscassen. (II, xi, 77 r<sup>a</sup>)

<sup>8</sup> No hemos podido consultar la ponencia inédita de Alberto del Río Nogueras “El caballero Metabólico del *Cirongilio de Tracia*, las burlas cortesanas y una fisga del *Quijote*” (1991b), que probablemente, a juzgar por su título, se refiera al mismo episodio y retome la propuesta de Eisenberg.

Pero más allá de la posible fuente indicada por Eisenberg y de estos amaneceres mitológicos e insufribles, lo que diremos a continuación no deja dudas acerca del acabado conocimiento que Cervantes tenía del *Cirongilio*. Volvamos a la cuestión del arrojo, y primeramente intentemos precisar la recta semántica del término. El *Diccionario de Autoridades* remite a “arrojamiento”, del cual dice que “se toma por precipitación, temeridad, ossadía y excessiva animosidad en emprender alguna operación” (1963, I, 417b); asimismo dice de “arrojado” que “vale por translación resuelto, inconsiderado, intrépido, y que pica en temerário y atrevido” (*ibid.*, 418b); completa el panorama la siguiente definición de “arrojarse”: “resolverse à emprender y executar alguna operación con grande ánimo è intrepidez” (*ibid.*, 418a). Ahora, a la vista de esta semántica, consideremos la valoración que presumiblemente ha querido dar don Quijote al adjetivo “arrojado” cuando lo aplica a Cirongilio, y atisbemos detrás de ella el guiño de Cervantes. El hidalgo pronuncia su larga lista de caballeros, según hemos visto, con una intención evidentemente ponderativa; el epíteto de arrojado no puede más que significar, en ese contexto, ponderativamente, y valer por tanto como “intrépido, osado, valiente, animoso”. Hemos visto, sin embargo, que el concepto engloba en su semántica otras notas menos halagüeñas: la temeridad, la precipitación, el exceso; modernamente, inclusive, añade el DRAE a la definición de “arrojado” la acepción de “imprudente” (1992, 141b). Estos matices del epíteto no deberían pesar, naturalmente, en la ponderación de don Quijote, pero sí, por detrás de ésta, en la exacta cualificación que realiza Cervantes del caballero don Cirongilio; en otra muestra de su proverbial ironía, nuestro autor deja deslizar su censura a través del elogio que pronuncia su personaje, y al hacerlo descalifica a éste instantáneamente, poniendo las cosas en claro y sugiriendo oblicuamente a los buenos entendedores que el concepto quijotesco del arrojo no es el adecuado, porque en él se toma la temeridad por valentía y la imprudencia por ánimo.

Pero ¿sobre qué bases textuales ha decidido Cervantes motejar de “arrojado”, y por ende de “precipitado, temerario, imprudente”, a don Cirongilio de Tracia? Existe un episodio en el libro primero que, según juzgamos, ha debido ser determinante de esta postura asumida por Cervantes. El infante don Cirongilio, bajo el nombre de Caballero del Lago, ha llegado al condado de Arox, donde conoce que el soberbio caballero Galafox ha usurpado buena parte de las tierras de la condesa; un buen vasallo de ésta, el caballero Nagares, que aloja a Cirongilio en su casa, consigue del héroe la promesa de prestar su auxilio y castigar al usurpador. Mientras Cirongilio duerme por la noche, Nagares realiza un fugaz viaje a la villa de Certa, donde se encuentra la condesa resistiendo los asedios de Galafox, y regresa enseguida a su casa con la formal aceptación de su señora de la ayuda ofrecida por el caballero; impaciente por llevar a cabo el castigo del usurpador, Nagares se presenta junto a algunos hombres, todos armados y preparados ya para la lucha próxima, en la cámara en que Cirongilio descansa:

[...] así armados como estaua[n] subiero[n] al aposento del infante, y porq[ue] estaua cerrado començaron a llamar. Oydo por él, q[ue] recordado era a esta ora, saltó del lecho y, el espada en la mano, cubierta vna rica vestidura de martas, llegó a ver quié[n] llamaua; y luego conoció ser Nagares su huésped, y querie[n]do abrirle la puerta para q[ue] entrasse, vie[n]do dos caualleros armados ante sí, bie[n] pensó q[ue] era trayción, y da[n]do muy rezio a Nagares, q[ue] delante venía, de las manos, lo hizo boluer atrás buena pieça; y cerra[n]do la puerta como de primero a priessa llamó a Sagarín, que durmie[n]do estaua, y le pidió sus armas. Y lo más prestame[n]te q[ue] pudo -porq[ue] Nagares y su hijo, marauillados d[e] lo q[ue] el cauallero auía hecho, llamaua[n] a gra[n] priessa-, el infante abrió la puerta y, el escudo dela[n]te, la espada alta, saltó en medio dellos, dando al hijo de

Nagares un golpe tal que si con el escudo no se apercibiera tan presto le hendía hasta la cinta; y no pudo tanto hazer que, hecho el escudo dos, no se lo echó a tierra, abriéndole todo lo q[ue] del pecto alcançó sin le llegar a la carne, de que el cauallero muy espantado fue y a marauilla se sintió d[e]ll golpe pesado. Nagares, q[ue] lo vido, a gra[n]des bozes començó a dezir:

-Passo, cauallero, q[ue] yo soy Nagares vuestro huésped!

A las quales palabras el del Lago boluió dizie[n]do contra él:

-¿Pues cómo, mal cauallero traydor, e así tan ligeramente pensastes matarme?

-Eso no so yo -dixo Nagares-, sino mortal enemigo de los tales, y mucho soy marauillado d[e] lo q[ue] auéys hecho y de las palabras q[ue] auéys dicho contra mí sin alguna razón.

Y porq[ue] su hijo, ayrado del golpe rescebido, cuydando que herido fuesse, venía a herir al infante, le mandó a grandes bozes q[ue] estuuiesse quedo. A esta ora los criados d[e] Nagares y todos los de su casa recordaron a las bozes q[ue] oyeron a su señor, y como aquellos q[ue] cosa no sabía[n] de su yda en la villa -porq[ue] tan secretame[n]te lo auía hecho q[ue], si de su muger no, de otra persona de su casa no fuero[n] sentidos-, pues como todos viniessen a la sala donde el hijo de Nagares estaua y los caualleros al tiempo q[ue] al infante yua a herir, vié[n]dole en aquella priessa y conociendo a su señor, con mucha diligencia tomaron sus armas. E así ju[n]tos viniero[n] contra el del Lago diez villanos, e sin escuchar a Nagares su señor le començaron a herir por todas partes; el qual, vié[n]dose acometido a gran trayción, dio a Nagares, q[ue] dela[n]te se le auía puesto, vn tal golpe por cima del yelmo que, boluiéndosele el filo del espada en las manos, como descargasse de llano, sin daño otro le hazer, aturdido dio con él en el suelo. El hijo y los suyos creyeron auerlo muerto y a grandes bozes començaron a dezir:

-¡Muera el traydor q[ue] así ha muerto a nuestro señor Nagares! -y por todas partes le herían a gran priessa.

Vié[n]dose el infante tan aquexado, encef[n]dido en grave saña y furor, dio a uno de los villanos tal golpe por cima de la capellina que, hecha la cabeça dos partes, dio co[n] él muerto en el suelo; y tras éste a otro, q[ue] cortándole el braço a rrayz d[e]l hombro cercén, hizo dél lo q[ue] del primero auía hecho. Y en poco rato derribó otros dos villanos, el vno muerto y el otro malherido; de lo qual muy ayrado el hijo de Nagares, viendo su padre muerto -q[ue] bie[n] creya que lo estaua, que hasta entonces no era buelto en sí-, y sus villanos tan malparados, el espada alta, fue herir al infante por cima del yelmo. Él recibió en su escudo el golpe, y como era fino y el espada no de muy limpio azero, fue hecha pieças; y queriéndole dar la respuesta, viéndose sin espada, con pavor de la muerte con el esperie[n]cia que tenía de sus pesados golpes, començó a huyr por la sala adelante. Y como el del Lago seguirlo quisiesse, los seys villanos se le pusieron delante por se lo estoruar, hiriéndole de duros golpes; pero él los recibió tan bien que no daua golpe a diestro o a siniestro que no hiriesse o matasse, y como lobo rauioso se metió entrellos, así q[ue] de tres golpes derribó tres villanos en tierra muertos, y los tres que quedaua[n] el vno huyó y los dos, co[n] temor de sus golpes, se le dieron a merced.

A esta ora Nagares tornó en sí, como si de vn pesado sueño recordara, e mira[n]do el destroço q[ue] el del Lago auía hecho de los suyos en gran manera lo sintió, pero conocie[n]do su hijo no ser entre ellos rescibió algún tanto de consuelo; y al cauallero tuuo por esforçado y valiente, y como discreto y sagaz, vie[n]do no auer remedio en lo passado, acordó remediar lo por viuir. Y dexando caer el espada en el suelo, y así mesmo soltando el escudo d[e] las manos, fue al del Lago, que ya los villanos auía recebido a merced y les dema[n]daua la causa porque así le acometieron; los quales no por otra respondieron sino por ayudar a su señor.

-Pues, ¿por qué -dixo el infante- vuestro señor me acometió tan traydoramente?

-Eso no os sabremos dezir -dixero[n] los villanos-, q[ue] quando nosotros venimos ya él y su hijo andauan con vos embueltos.

E diciendo esto vieron a Nagares que ya se auía leva[n]tado y venía para ellos; y con gra[n] alegría viendo q[ue] aún no fuesse muerto, dixero[n] al del Lago:

-Cauallero, veys aquí nuestro señor; dél podréys saber lo que dema[n]dáys.

Pues luego que el del Lago boluió e vido a Nagares tan cerca de sí, primero le quiso herir, y luego que le vio sin armas se detuuó, demandándole la razón porque así le auía salteado. Nagares respondió:

-Buen cauallero, agora responderé a lo que vuestra saña antes no me dio lugar, que sabed que jamás en mí ouo voluntad de ofenderos, mas d[e] seruiros, porque si armado vine a vuestro aposento no fue por ál saluo por os recordar, para que juntos a la villa d[e] Certa fuésemos a dar a la condessa el ayuda que por mí le prometistes, porq[ue] me pareció que era bie[n] menester según el tiempo es breue. Y por este respecto luego que de vos me partí esta noche, toma[n]do mis armas, en compañía de mi hijo fue a gran priessa a la villa, e informa[n]do a la condessa de cómo vuestra voluntad era ta[n] buena en su fauor, ella lo tuuo por bie[n] y me mandó que en la villa os llevasse; y con este recaudo me torné, y llamé después de venido a vuestro aposento para hazéroslo saber, de donde sucedió lo passado no sé por cuál desventura. Y pues yo tuue la pena del sobresalto que incautamente os di, mucho os ruego me perdonéys la ofensa que mis hombres, ygnorantes, vos han hecho; y antes q[ue] aya mayor dilación os ruego partáys conmigo a la villa do[n]de la condessa mi señora os espera, vuestra venida dessea[n]do.

Oýdas por el del Lago las razones de Nagares, teniéndolas por ciertas y verdaderas, con gran pesar de lo passado le dixo:

-Señor Nagares, yo creo lo que auéys dicho ser assí verdad, e bien deuiera considerar que en hombre de tanta virtud y nobleza no podía caber villanía ni trayció[n]; pero como en este mu[n]do aya ta[n]tas maldades y engaños, no se osa hombre fiar de quien es razón, e a mí me pesa por lo que he cometido contra vos, aunq[ue] bien mirado yo tengo el pago de mi mal co[n]sejo y co[n]sideració[n]. Y de yr en la villa de Certa a mí plaze, y sea quando mandardes, que aparejado estoy. (I, xxviii, 44 r<sup>o</sup> - 45 r<sup>o</sup>; *fr.* González, 2000, 18; 57; 103)

No hace falta profundizar en demasía en la conducta de Cirongilio tal como se muestra en este curioso episodio para advertir hasta qué punto el caballero se ha comportado con precipitación, imprudencia y excesiva animosidad, esto es, ha sido “arrojado” según la más plena semántica del término. No puede negársele valentía e intrepidez a don Cirongilio, pero estas virtudes se han claramente desmerecido por la irreflexión con que las ha puesto en juego. Pues bien, si prestamos debida atención a los sucesivos pasos de esta desordenada batahola nocturna que acabamos de transcribir, advertiremos que ellos guardan una correspondencia perfecta con los pasos de la aventura quijotesca típica de la primera parte, tal como la esquematiza -por ejemplo- Celina Sabor de Cortazar:

Casi todas estas aventuras responden a un mismo esquema compositivo, que podemos enunciar así:

**a)** Presentación de la realidad, ya directamente, ya por anuncios que no permiten una inmediata identificación (voces, bultos, luces, ruidos lejanos y confusos). **b)** Interpretación errónea de esa realidad por don Quijote, que supone que se le presenta una aventura caballeresca. **c)** Conflicto, lucha entre don Quijote y su supuesto o supuestos antagonistas **d)** Derrota o triunfo (real o engañoso) del caballero; o abandono por parte del atacado. (Sabor de Cortazar, 1987, 40).

Añadiríamos nosotros, si se nos permite, un quinto paso, consistente en los intentos de don Quijote por justificar o exculpar sus desatinos, trayendo a cuento para ello, generalmente, la intervención de los malos encantadores que le inducen al error al trastocarle adrede la realidad, para que él se engañe y la malinterprete. Repasemos entonces estos mismos puntos a propósito de la refriega de don Cirongilio en la cámara: **a)** presentación de una realidad confusa, consistente en la aparición de Nagares y los suyos armados, en un contexto espaciotemporal -una cámara,

altas horas de la noche- poco o nada adecuado para ello; **b)** interpretación errónea de esa realidad por parte de Cirongilio, que cree ver una traición detrás de la visita inesperada de hombres armados; **c)** conflicto, lucha entre Cirongilio y sus supuestos antagonistas; **d)** triunfo de Cirongilio, por encima de los infructuosos intentos de Nagares por hacerle comprender su error; **e)** justificación de Cirongilio, quien, una vez comprendido su error, esboza a la vez una disculpa - "bien deuiera considerar que en hombre de tanta virtud y nobleza no podía caber villanía ni trayció[n]"- y una justificación - "pero como en este mu[n]do aya ta[n]tas maldades y engaños, no se osa hombre fiar de quien es razón"- . La justificación de don Cirongilio no llega al extremo, claro, de imputar su error a los malos encantadores, pero sí a la maldad intrínseca del mundo, al carácter malo y traidor de esa misma realidad que él acaba de confundir y malinterpretar. En todo caso, lo que nos interesa subrayar es que la similitud entre esta aventura de don Cirongilio y muchas otras del *Quijote* de 1605 es absoluta en sus pasos y estructura, según estamos viendo, y también en sus efectos y sus causas. Habitualmente las consecuencias de las aventuras quijotescas son catastróficas para el hidalgo y siempre humorísticas en su presentación; el episodio del *Cirongilio* no es catastrófico para el héroe y no puede decirse humorístico, pero el desorden y la animación que rodean a la batahola nocturna casi rozan lo cómico, al dibujar una escena vodevilesca construida sobre la base del enredo, el equívoco y la confusión general; se trata de una comicidad, en todo caso, oblicua y apenas sugerida, y bastante negra por lo demás, porque hay muertos; la catástrofe no ha sido para el culpable del error sino para los involuntarios inductores de ese error, y el héroe apenas si es sancionado por la evidencia final de su yerro y un cierto atisbo de vergüenza.

Pero es la causa del error el punto en donde queremos detenernos, porque más allá de las sorprendentes correspondencias estructurales es en dicha causa donde reside la perfecta identidad del arrojito de don Cirongilio y del arrojito de don Quijote. En ambos caballeros la causa que dispara la aventura es la irreflexión y la imprudencia, y a éstas se debe en ambos esa errónea percepción o interpretación de la realidad que se les presenta. Ambos son precipitados en su acción, ambos se lanzan, se "arrojan" sobre lo que tienen delante sin detenerse a considerar la pertinencia y la conveniencia; en ambos, esa acción precipitada nace de un error en la interpretación de la realidad que es posible, a su vez, por un claro defecto de prudencia.

Porque es la falta de prudencia, en última instancia, el motor de las locuras quijotescas. Siendo la prudencia como un rector, un auriga encargado de gobernar y armonizar las otras tres virtudes cardinales, clásicamente ha sido tenida por la virtud intelectual por excelencia. Es la prudencia, según definición aristotélica, la encargada de guiar a la razón en el obrar; pertenece, pues, a la facultad cognoscitiva, se trata de una virtud del entendimiento práctico, de ese entendimiento que se endereza a la acción<sup>9</sup>. Muestra la prudencia qué futuro elegir, y requiere de la precaución para elegir los bienes y evitar los males<sup>10</sup>. Y muy especialmente a propósito de don Cirongilio, don Quijote y demás caterva de andantescos caballeros: la prudencia es la virtud

---

<sup>9</sup> "Sed contra est quod Philosophus dicit in VI Ethic., quod prudentia est recta ratio agibilium. Sed hoc non pertinet nisi ad rationem practicam. Ergo prudentia non est nisi in ratione practica" (S. Tomás, *S. Theol.* II<sup>a</sup>-II<sup>a</sup>, 47, 2).

<sup>10</sup> "Et ideo necessaria est cautio ad prudentiam, ut sic accipiantur bona quod vitentur mala" (S. Tomás, *S. Theol.* II<sup>a</sup>-II<sup>a</sup>, 49, 8). Sebastián de Covarrubias define "prudencia", por su parte, mediante la siguiente frase latina: "Latine prudentia, est rerum expetendarum fugiendarumque scientia" (1943, 885b).

que rige todo ejercicio militar<sup>11</sup>, y es en relación con este ejercicio que el arrojo-valentía puede degenerar, si falta la prudencia, en arrojo-precipitación. El propio don Quijote parece reconocer ante Sancho, al final de su carrera y casi de su vida, que en la raíz de su fracaso ha estado la imprudencia:

-[...] Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y que de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; *pero no con la prudencia necesaria*, y así, me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. (II, 66, pp. 1086-1087)

Don Quijote ciñe el reconocimiento de su falla a las instancias referidas a su derrota final ante Sansón Carrasco, y parece por lo tanto limitar la admisión de su imprudencia a una cuestión en extremo instrumental y puntual, como es el mal cálculo de la fortaleza y resistencia de Rocinante frente a las del caballo del de la Blanca Luna; hay sin embargo, detrás de esta observación asordinada, dicha como al pasar y limitada al máximo en su aplicabilidad, la postulación, por parte de Cervantes, de la imprudencia como causa y razón de *toda* la parábola vital de don Quijote de la Mancha. Porque más allá y por encima de haber sido imprudente no medir bien la fortaleza de Rocinante, imprudente ha sido hacerse caballero andante, creer posible ejercer la caballería en la Castilla del siglo XVII, y considerar como lícita fuente de aventuras a toda una variedad de circunstancias absolutamente cotidianas y ramplonas que la realidad manchega le presentaba a cada paso; en suma, imprudente ha sido interpretar la realidad según el íntimo deseo y no según las pautas ofrecidas por la realidad misma. Ya había escrito Fray Luis de Granada, unos años antes, que

Regla es también de prudencia no engañarse con la figura y apariencia de las cosas, para arrojarse luego a dar sentencia sobre ellas, porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que parece bien: y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. (1986, 416)

La imprudencia ha llevado a don Quijote, como también a don Cirongilio, a engañarse por las figuras y las apariencias, a tomar molinos o cueros de vino por gigantes y una inocente visita nocturna por traición, a interpretar la realidad sin recto juicio previo y a actuar en consecuencia sin la adecuada guía del entendimiento práctico. Hacia el final de su parábola, empero, don Quijote aprende la lección y reconoce, bien que tibiamente, su pecado de imprudencia; este reconocimiento explícito es una meta, un punto de llegada, pero el hidalgo ha accedido a él después de un verdadero proceso de aprendizaje que se revela como no lineal, hecho de marchas y contramarchas, avances y retrocesos. *Grosso modo*, todo el *Quijote* de 1605 aparece signado por la imprudencia; en la segunda parte de 1615 don Quijote inicia su arduo aprendizaje de la prudencia, cuyo progreso no es constante sino interrumpido y contrarrestado por recurrentes caídas en la vieja falta. Considerando, pues, a este respecto como un bloque

---

11 Para el Aquinate el ejercicio militar corresponde a la fortaleza, pero la dirección de ese ejercicio a la prudencia: "Ad tertium dicendum quod executio militiae pertinet ad fortitudinem: sed directio ad prudentiam, et praecipue secundum quod est in duce exercitus" (S. Tomás. *S. Theol.* II<sup>a</sup>-II<sup>ae</sup>, 50, 4).

uniforme toda la primera parte, y distinguiendo en la segunda la conducta prudente o imprudente del hidalgo en cada situación de aventura, obtenemos el siguiente esquema:

<b>conducta imprudente</b>	-todas las aventuras de la primera parte
<b>conducta prudente</b>	-aventura del carro de las Cortes de la Muerte (II, 11, pp. 653-659)
<b>conducta imprudente</b>	-aventura de los leones (II, 17, pp. 697-707) -aventura del retablo de maese Pedro (II, 26, pp. 778-788)
<b>conducta prudente</b>	-aventura de los rebuznos (II, 27-28, pp. 790-796)
<b>conducta imprudente</b>	-aventura de los toros (II, 58, pp. 1025-1026) (-aventura del Caballero de la Blanca Luna) (II, 64, pp. 1076-1080)
<b>conducta prudente</b>	-instancias posteriores a la derrota ante el de la Blanca Luna

En nuestra descripción y esquematización del proceso, como se ve, no hemos incluido todas las aventuras de don Quijote en la segunda parte; algunas de ellas resultan, respecto del tema que nos precocupa, neutras o afuncionales: el combate con el Caballero de los Espejos, el descenso a la cueva de Montesinos, el viaje en el barco encantado, el vuelo sobre Clavileño y el combate con Tosilos no dan lugar a reflexiones explícitas sobre la prudencia, la temeridad o la precipitación ni presentan al hidalgo dominado por ellas en forma marcada o especial; todas estas aventuras, no obstante, y si hubiere por fuerza que catalogarlas, caen más bien del lado de la conducta imprudente. En rigor, el combate final con el de la Blanca Luna debería también integrar, con éstas, el elenco de aventuras no especialmente significativas en relación con la prudencia o imprudencia de la conducta quijotesca; en definitiva, el hidalgo no hace otra cosa que aceptar calmosamente un desafío, realizado por su adversario según las más estrictas normas del código caballeresco, que de ningún modo podía rehuir so pena de deshonor y vergüenza, y además, como tantas veces se ha afirmado a propósito del *Quijote* de 1615, no es ya el loco quien malinterpreta la realidad sino la realidad misma la que se autodistorsiona para hacerlo caer en la trampa. Sin embargo hemos optado por incluir este combate entre las aventuras “imprudentes” de don Quijote -bien que amparado por precavidos paréntesis, como se observa-, debido a que el propio hidalgo vivenciará después este combate como una imprudencia de su parte, según se desprende de su reflexión y confesión más arriba citada, de modo que esta aventura viene a representar el punto culminante y final del proceso de aprendizaje de la prudencia que hemos reseñado. En cuanto al resto de las aventuras elencadas, conviene reparar en la peculiar relación contrastiva que establecen entre sí conforme van sucediéndose; en ocasión de encontrar don

Quijote el carro de comediantes que, según su primera impresión y debido a los disfraces de éstos, juzga ocupado por verdaderos demonios, no arremete contra ellos, como era su costumbre en 1605, sino pregunta comedidamente quiénes son y adónde van; al responder uno de los disfrazados que son “recitantes de la compañía de Angulo el Malo” y que representan el auto de las Cortes de la Muerte, nuestro hidalgo confiesa no sin desazón: “-Por la fe de caballero andante [...] que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño” (II, 11, p. 656). Ante las apariencias engañosas de la realidad, por primera vez don Quijote no reacciona dejándose arrastrar a la acción por su inicial y errada interpretación, sino que, prudentemente, pregunta para verificarla, y tras conocer su yerro, se retrae. Más adelante, empero, “desaprenderá” esta lección tan trabajosamente adquirida, y volverá después a aprenderla, a desaprenderla, a aprenderla. Son notables a este respecto las aventuras de los leones y los rebuznos, porque en ellas ocurren explícitas reflexiones y teorizaciones que dan cuenta directa del capital tema de la prudencia; cuando don Quijote decide enfrentar a los leones y pide al carretero que los transporta que abra la jaula, el Caballero del Verde Gabán, que es testigo del hecho, lo desaconseja con una sana advertencia que constituye de por sí una definición acabada de lo que llamaríamos “prudencia militar”:

-Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan; porque la valentía que entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. (II, 17, p. 700)

Pero don Quijote no está dispuesto a aceptar tan prudente consejo, y persiste en su propósito; sólo la mansedumbre e indiferencia de los leones lo salvarán del desastre. Aquí, como se ve, la imprudencia del hidalgo no consiste tanto en la interpretación precipitada de una realidad confusa -los leones son leones, y como tales los toma don Quijote- sino en la obstinación por el peligro gratuito; en cambio, en el célebre episodio del retablo de maese Pedro otra vez estamos ante una interpretación imprudente de la realidad, que es ficticia y teatral y don Quijote toma por verdadera y real, llevado de la intensidad de la representación. Volverá a aproximarse a una conducta prudente don Quijote en ocasión de la aventura de los rebuznos; cobra especial importancia ésta, porque veremos al hidalgo hacer suyos aquellos mismos conceptos del Caballero del Verde Gabán que poco antes había negado y desoído. Recordemos que, ante los dos pueblos enfrentados por la burla de los regidores rebuznadores, don Quijote intenta poner paz entre ambos argumentándoles que “los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas”, solamente han de hacer la guerra por causas justas y razonables, y no “por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta” (II, 27, pp. 792-793): Quizás habrían aceptado los pueblos tan atinado consejo de no ser por la desafortunada intervención de Sancho, que se pone a rebuznar, y que despierta las iras de quienes se sienten así objeto de mofa; atacan éstos a Sancho, y don Quijote, extrañísimamente, no corre a defender a su escudero, antes se aparta y huye. Pasada la refriega, y ante los reproches del sorprendido Sancho, que no puede comprender semejante conducta en su señor, éste le responde como un buen discípulo del del Verde Gabán:

-No huye el que se retira [...]; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena

fortuna que a su ánimo. Y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado a muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas [...]" (II, 28, pp. 795-796).

Cierto es que más adelante volverá don Quijote a mostrarse temerario y precipitado en la aventura de los toros y -según su propia opinión- en la del Caballero de la Blanca Luna, pero vemos cómo su aprendizaje del tino y la prudencia, pese a los vaivenes y a sus *corsi e ricorsi*, va progresando y afirmándose inclusive doctrinalmente. Y a propósito de doctrina, el hidalgo declara fundar ésta, según acabamos de ver, en la imitación de muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, "y desto están las historias llenas"; a decir verdad, no tan llenos están los libros de caballerías de tales huidas y renunciadas, al menos en lo que toca a los héroes epónimos, siempre decididos a cualquier desafío sin analizar demasiado sus probabilidades de éxito, y siempre, por lo demás, predestinados por abundantes profecías a acabar y dar buen término a cuanta aventura se les presente. Si hemos de ponernos extremistas, los héroes caballerescos caen del lado más bien de la imprudencia que de la prudencia, y a propósito de esto el caso de Cirongilio de Tracia, según vimos, resulta claro. Y es aquí donde, por fin, esperamos cerrar nuestra exposición y anudar definitivamente los vínculos intertextuales entre el *Cirongilio* y el *Quijote*. Hemos visto cómo la clásica aventura quijotesca encuentra un antecedente clarísimo, en estructura y causa, en el episodio nocturno entre don Cirongilio y el caballero Nagares; queremos ahora hacer notar cómo el mismo movimiento de vaivén y discontinuidad que se observa en el aprendizaje de la prudencia por don Quijote es posible encontrarlo, también, y aunque menos extendido en el desarrollo de la historia narrada -el proceso se verifica acotado a tramos del libro primero-, en el análogo aprendizaje de don Cirongilio. Éste, después de haberse mostrado precipitado en extremo en la cámara, avergonzado y sin duda aleccionado por el hecho, adopta una actitud notablemente reflexiva y doctrinal en los momentos previos a su combate contra el usurpador Galafox. No teoriza directamente sobre la prudencia, pero se trata de la primera vez que el impetuoso y activo infante Cirongilio se detiene a teorizar, de la primera vez que serenamente interrumpe su activismo y deja paso a la reflexión, al reprender buenamente a la condesa por su tristeza y desánimo e instruirla en los deberes que tienen los gobernantes de mostrarse fuertes y animosos ante sus súbditos (I, xxix, 45 v<sup>b</sup> - 46 r<sup>a</sup>); semejante actitud de calma y discreta doctrina no deja de contrastar, está claro, con el arrojo desmedido y alocado de pocas horas atrás. Después, el combate contra el usurpador se lleva a cabo, pero lejos está de consistir en un ataque intempestivo, sino se acuerda ponderadamente mediante reglas precisas:

[La condesa] mandó a vn cauallero de los suyos que fuesse a Galaf(r)ox y le hiziesse saber d[e] su parte cómo en la villa estaua cauallero q[ue] en defensa de su derecho haría campo con él, por tanto que le assegurasse que de ninguno de los suyos sería ofendido; y q[ue] ella haría ál ta[n]to con él, y que por mayor seguridad la batalla fuesse ante los muros de la villa. (I, xxix, 46 r<sup>ab</sup>)

Naturalmente, Cirongilio vence y mata a Galafox y restituye a la condesa sus arrebatadas tierras. Siguen, después, otras aventuras no especialmente aptas para delimitar en el héroe mayores o menores dosis de prudencia, pero en llegando al final del libro primero don Cirongilio tendrá ocasión de, nuevamente, demostrar su temeridad y, más aún, su expreso rechazo por la prudencia en armas. Bajo el nombre ahora, debido a sus nuevas divisas, de Caballero de la Sierpe, el héroe

topa en un camino con un caballero anciano y cinco caballeros más de su familia, que mencionan a un cierto Brabor y dos primos suyos que, en la floresta Largia, defienden el paso a todos los que osan marchar por allí; el anciano, habida cuenta de que hasta ahora todos aquellos que se enfrentaron a Brabor resultaron derrotados, propone a los suyos evitar la floresta. Cirongilio no puede estar de acuerdo con una actitud que juzga cobarde, y así lo manifiesta al anciano; sucede entonces el siguiente diálogo:

-Cauallero -dixo el anciano-, vos podéys hazer a vuestra volu[n]tad, e muy sandio seréys si no tomáys mi co[n]sejo, de lo qual os doy el tiempo por testigo. Y mucho es digno de pena el q[ue] atreuidame[n]te se quiere ofrecer a las cosas que exceden y vencen su fortaleza y potencia, que essa opinió[n] que vos tenéys no es de hombre discreto.

-Ni aun la vuestra de esforçado -dixo el de la Sierpe-, sino de couarde y de ho[m]bre q[ue] haze más caso de la vida que de la honrra, co[n]tra la opinión de los buenos.

-Mucho os desmesuráys, cauallero, en vuestras razones, y blasonáys de la honrra. En verdad os digo que tanta he ganado en este mundo que con la menor parte della seriades vos estimado, y la discreción es conseruarla apartándose hombre de los peligros ciertos, que más culpa merecería si en vn momento yo perdiessse la que en tanto tiempo y con ta[n]to trabajo gané de mi persona. (I, xlii, 63 r<sup>ab</sup>)

El debate continúa, y se acalora a tal punto que las razones desbordan en pasiones y Cirongilio acusa abiertamente de cobarde al anciano, a lo cual éste, desmintiendo en los hechos su proclamada prudencia, responde con ira, y ambos acaban finalmente yéndose a las armas. Obsérvese, sin necesidad de transcribir en forma completa el debate, y obviando el desenlace bélico, que la disputa dialéctica entre el anciano y Cirongilio es como una versión ampliada del breve diálogo entre el Caballero del Verde Gabán y don Quijote en ocasión de la aventura de los leones; en ambos casos un señor maduro -en edad y en carácter- intenta sin éxito disuadir a un arrojado héroe inmaduro -pese a que los años debieran desmentir tal inmadurez en don Quijote- de acometer una aventura con escasas probabilidades de éxito; en ambos casos, también, el eje del argumento disuasivo pasa por una ponderación de la prudencia que el héroe no acepta; finalmente, en ambos casos el héroe decide hacer las suyas, y tiene éxito: Cirongilio vence a Brabor y a sus primos (I, xliii, 63 v<sup>b</sup> - 65 v<sup>a</sup>), don Quijote domina a los leones sin siquiera pelear con ellos. Hay, empero, una diferencia importante, y es la discrepante valoración de la actitud imprudente del héroe en cada caso por parte del discurso, explícito o implícito, del narrador. Mientras Cervantes discrepa, aunque con infinita simpatía por su personaje, de las actitudes temerarias de éste, Bernardo de Vargas tiene por cobarde al caballero anciano, en perfecta sintonía con su personaje Cirongilio, de cuyo lado abiertamente se pone en el debate entre ambos<sup>12</sup>; puede inclusive postularse una cierta ironía, que nos atreveríamos a reputar como precervantina por lo fino de su trazo, en la presentación del caballero anciano, que sostiene con palabras la mesura, la contención y el autodomínio y que acaba respondiendo en los hechos con iracundia y sumo enojo a las réplicas del infante Cirongilio. Éste, por su parte, no reconoce al cabo ningún error ni precipitación en sí, como había hecho después del malentendido con

---

12 El caballero anciano es calificado de cobarde no sólo por Cirongilio, sino también en la voz del propio narrador: "No pudo estar el Cauallero d[e] la Sierpe q[ue] no ríesse de su gran couardía del anciano [...]" (I, xlii, 63 v<sup>a</sup>).

Nagares, sino que sigue firme y decidido en sus trece, acomete contra el anciano, lo derriba en justa de lanza y parte sin más a desafiar a Brabor (I, xlii, 63 v<sup>ab</sup>). No hay, pues, en Cirongilio ninguna confesión de culpas similar a la de don Quijote tras su derrota ante el de la Blanca Luna, ni mucho menos -no podía haberla- comparable con la final abjuración del hidalgo en su lecho de muerte; ello no obstante, resulta incontestable que en la conducta de don Cirongilio se observa una cierta alternancia de actitudes imprudentes y prudentes, arrojadas y medidas, precipitadas y serenas, en un esquema de vaivén análogo, bien que menos sistemático, extendido y perfecto, al que hemos visto a propósito de don Quijote.

Bernardo de Vargas, pese a permitirse algún interludio de ribetes desopilantes y que no deja muy bien parado a su héroe, como el episodio de la cámara con Nagares, celebra la valentía sin límites ni condicionantes, rayana en la temeridad, la precipitación o la imprudencia, de don Cirongilio. Cervantes, con su aguda percepción, no pudo dejar de reparar, por una parte, en la gran similitud existente entre la aventura con Nagares y el esquema típico de la aventura quijotesca, y por otra en la alternancia de momentos de prudencia e imprudencia en la conducta de don Cirongilio a lo largo de buena parte del libro primero; también advirtió, seguramente, la valoración positiva de Vargas respecto del "arroyo" de su héroe, pero atento al notable punto de confluencia entre éste y don Quijote que significaban la aventura con Nagares y el proceso en vaivén de aprendizaje de la prudencia, decidió que el infante don Cirongilio de Tracia fuera tenido por modelo arquetípico de caballero arrojado por su criatura don Quijote de la Mancha, quien claramente coincide más con Vargas que con Cervantes en la valoración positiva de tal arroyo.

## V. A MODO DE CONCLUSIÓN

Daniel Eisenberg, en un artículo de 1973 reeditado en 1982, advertía sobre la necesidad de un reexamen de las relaciones entre el *Quijote* y los libros de caballerías<sup>13</sup>; desde entonces mucho se ha escrito y reexaminado, pero en general, y con los matices de cada caso, ha perdurado inalterada la siguiente idea nuclear: que el *Quijote* consiste en una parodia de los libros de caballerías. Sobre la base de esta premisa, cada vez que se analizan las relaciones entre la novela cervantina y algunos libros de caballerías se cae, conscientemente o no, en la determinación de vínculos intertextuales de naturaleza paródica: tal episodio del *Quijote* parodia tal otro de tal libro, tal respuesta del hidalgo es paródica de las habituales respuestas de los caballeros de los libros, tal motivo, tal situación, tal nombre, tal figura, tal engaño, tal escena, no son sino recreaciones paródicas de lo que se narra en los libros de caballerías. Esta visión puede ser, y por supuesto es, verdadera y pertinente; sin embargo, no estaría de más completarla con otra según la cual el hipertexto cervantino no necesaria y solamente establece con su hipotexto caballeresco una relación de transformación paródica, sino también otra relación, más compleja y rica, de alusión y de imitación por comentario y desarrollo. Es precisamente este segundo tipo de relación intertextual el que hemos intentado ejemplificar con el caso del *Cirongilio de Tracia* y de las respectivas lecturas del ventero Palomeque, el caballero don Quijote y el lector-autor Miguel de

---

13 "Don Quijote and the romances of chivalry: the need for a reexamination", publicado originalmente en *Hispanic Review*, 41 (1973), 511-523, y reeditado en español como "Don Quijote y los libros de caballerías: necesidad de un reexamen", en su libro de 1982 *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, pp. 131-145.

Cervantes. Al recordar y fundir en una sola, exagerándolas y distorsionándolas, las aventuras de la serpiente profeta y la Tremenda Roca, el ventero, y Cervantes a su través, no parodian, sino comentan mediante hiperbolización. Al recordar Cervantes, vía la opinión de don Quijote acerca del arrojito de don Cirongilio, las aventuras de éste en las que tal arrojito se manifiesta, y muy especialmente la de la cámara con el caballero Nagares, tampoco parodia, sino alude a un modelo de aventura cuyo esquema y cuyas causas, según hemos visto, se imitan en la estructura típica de la aventura quijotesca de 1605 para, sin intención paródica alguna, simplemente continuar y desarrollar dicho modelo. Allí donde la parodia transforma, Cervantes imita<sup>14</sup>; allí donde la parodia satiriza, Cervantes ironiza; allí donde la parodia vocifera y denota crudamente su objeto, Cervantes alude a éste por vías indirectas y sesgadas; allí donde la parodia destruye su modelo mediante la marcación hipertrófica de sus rasgos más gruesos, Cervantes logra conservarlo, reproducirlo y desarrollarlo aun pese a la fuerte torsión de su hipóbole. Comentario hiperbolizante, alusión indirecta, imitación por desarrollo del modelo constituyen casos de una más fina y sutil práctica hipertextual, de la cual se sirve Cervantes para, desde otro ángulo y reforzándolas, aportar a aquellas ideas que resultan capitales en su obra: lo arduo del acceso a la verdad, la pugna entre deseo y realidad en la vida de los hombres, los límites del recto heroísmo y la valentía.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

CASTRO, AMÉRICO. 1967. *Hacia Cervantes*. 3ª ed. Madrid, Taurus.

CERVANTES, MIGUEL DE. 1982. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición, introducción y notas de Martín de Riquer. 3ª ed. Barcelona, Planeta.

COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE. 1943. *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de 1674. Edición preparada por Martín de Riquer. Barcelona, Horta.

EISENBERG, DANIEL. 1982. *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*. Newark, Juan de la Cuesta.

EISENBERG, DANIEL - MARÍN PINA, MARÍA CARMEN. 2000. *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza, Prensas Universitarias.

FRENK, MARGIT. 1980. "Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro", en *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas (Venecia)*. Roma, Bulzoni, pp. 101-123.

---

14 Según la clásica definición genettiana, la parodia es una práctica hipertextual consistente en una transformación del tema del hipotexto conservando su estilo, frente al travestimiento burlesco, que transforma el estilo y mantiene el tema (Genette, 1989, 33-34). En el *Quijote* es un buen ejemplo de parodia la falsa profecía que pronuncia el barbero para convencer a don Quijote de que se avenga a regresar enjaulado a su aldea (I, 46, pp. 508-509), en la que se imita el estilo alegórico y estereotipado de las profecías de simbolismo animalístico, frecuentes en los libros de caballerías, y se innova en cambio en el tema, refiriéndolo no ya a las elevadas hazañas de los caballeros verdaderos sino a las pobres circunstancias del ilusorio caballero don Quijote. Frente a este tipo de hipertexto, que es *transformación* según Genette, el hipertexto de cualquier aventura quijotesca respecto del episodio de Cirongilio y Nagares es más bien *imitación*; en aquella transformación hay parodia, en esta imitación hay continuidad y desarrollo.

- FRENK, MARGIT. 1982. "Ver, oír, leer", en *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Madrid, Castalia, pp. 235-240.
- GENETTE, GÉRARD. 1989. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid, Taurus.
- GILMAN, STEPHEN. 1980. "Los inquisidores literarios de Cervantes", en Riley, George (ed.) *El Quijote. El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, pp. 122-141.
- GONZÁLEZ, JAVIER ROBERTO. 2000. *Cirongilio de Tracia de Bernardo de Vargas (Sevilla, Jácome Cromberger, 1545). Guía de lectura*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- GRANADA, FRAY LUIS DE. 1986. *Guía de pecadores*. Edición, introducción y notas de José María Balcells. Barcelona, Planeta.
- GREEN, JAMES RAY. 1974. *Cirongilio de Tracia: an edition with an introductory study*. Ph. D. Baltimore, The Johns Hopkins University, 1974.
- . 1980. "La forma de la ficción caballeresca del siglo XVI", en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*. Toronto, AIH, pp. 353-355.
- MARÍN PINA, MARÍA CARMEN. 1990. "Lectores y lecturas caballerescas en el *Quijote*", en *Actas del Tercer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (Alcalá de Henares)*. Barcelona, Anthropos, pp. 265-273.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 1963. *Diccionario de Autoridades*. Edición facsímil. Madrid, Gredos, 3 vols.
- . 1992. *Diccionario de la Lengua Española*. 21ª ed. Madrid, Espasa Calpe.
- RÍO NOGUERAS, ALBERTO DEL. 1991a. "Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías", en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*. Lisboa, Cosmos, II, pp. 73-80.
- . 1991b. "El caballero Metabólico del *Cirongilio de Tracia*, las burlas cortesanas y una fisga del *Quijote*", ponencia al Primer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Almagro. (Inédita.)
- . 1993. "Sobre magia y otros espectáculos cortesanos en los libros de caballerías", en *Actas del Quinto Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*. Granada, IV, pp. 137-149.
- SABOR DE CORTAZAR, CELINA. 1987. *Para una relectura de los clásicos españoles*. Presentación de Raúl H. Castagnino. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- THOMAS, HENRY. 1952. *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- S. TOMÁS DE AQUINO. 1955. *Suma Teológica*. Ed. Bilingüe latín-español a cargo de una comisión de PP. Dominicos presidida por Francisco Barbado Viejo O.P. Madrid, BAC.
- VARGAS, BERNARDO DE. 1545. *Los quatro libros del valeroso cavallero don Cirongilio de Tracia*. Sevilla, Jácome Cromberger. [Madrid, Biblioteca Nacional, R-3.884]
- WARDROPPER, BRUCE W. 1980. "Don Quijote: ¿ficción o historia?", en Riley, George (ed.) *El Quijote. El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, pp. 237-252.